



CAMPAÑA INSPECTORIAL 2018 / 2019 “PRIMERO, LOS ÚLTIMOS”

“Dios no quiere que se pierda ni uno sólo de estos pequeños” (Mt. 18, 12 – 14)

RETIRO 3: DEJÉMONOS SORPRENDER: EL GRANO DE MOSTAZA

Entonces los justos preguntarán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿O cuándo te vimos forastero y te recibimos, o falto de ropa y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?”. El Rey les contestará: ‘Os aseguro que todo lo que hicisteis por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicisteis’.

(Mt 25, 37 – 40)

Parábola del crecimiento de la semilla Marcos 4, 26-34

26. También decía: «El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra;
27. duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo.
28. La tierra da el fruto por sí misma; primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.
29. Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega.»

Parábola de la semilla de mostaza

30. Decía también: « ¿Con qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos?
31. Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra;
32. pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra.»

1. Introducción al texto

En la primera parábola (v. 26-29), el Reino de Dios se compara con el misterioso crecimiento de la semilla, que se siembra y el germen crece y produce la especie, independientemente de los cuidados del agricultor, que al final de la maduración hace lo necesario para recolectarlo. El mensaje que nos da esta parábola es éste: por la predicación y la acción de Jesús el Reino de Dios es anunciado, irrumpe en el campo del mundo y como el grano crece y se desarrolla, por su propia fuerza y de acuerdo con sus criterios, humanamente no descifrables. Al crecer y germinar en la historia, no depende tanto del trabajo del hombre, sino que es sobre todo la expresión del poder y la bondad de Dios. Y de la fuerza del Espíritu Santo, quien hace avanzar la vida cristiana en el seno del Pueblo de Dios.

Leemos también una sencilla parábola en la que Jesús deja claro que la tarea de sus seguidores es ponerse al servicio del proyecto del Padre, sembrando pequeñas “semillas” de Evangelio.

La parábola habla de un grano de mostaza que se siembra en la huerta. ¿Qué tiene de especial esta semilla? Que es la más pequeña de todas, pero, cuando crece, se convierte en un arbusto mayor que las hortalizas. El proyecto del Padre tiene unos comienzos muy humildes, pero su fuerza transformadora no la podemos ahora ni imaginar.

La actividad de Jesús en Galilea sembrando gestos de bondad y de justicia no es nada grandioso y espectacular: ni en Roma ni en el Templo de Jerusalén son conscientes de lo que está sucediendo. El trabajo que realizamos hoy sus seguidores es insignificante: los centros de poder lo ignoran.

Una vez que el proyecto de Dios es introducido en el mundo, va transformando calladamente la historia humana. Dios está ya trabajando entre nosotros promoviendo la solidaridad, el deseo de verdad y de justicia, el anhelo de un mundo más dichoso. Su fuerza es irresistible. Se necesita tiempo para ver el resultado final. Se necesita, sobre todo, fe y paciencia para mirar la vida hasta el fondo e intuir la acción secreta de Dios.

Hemos de colaborar con él siguiendo a Jesús: más pobres y más cercanos a los pobres, más libres para sembrar semillas de Evangelio, y más humildes para vivir en medio de la gente como fermento de una vida más digna y fraterna. Poco a poco, aprenderemos a vivir la fe de manera humilde, sin hacer mucho ruido ni dar grandes espectáculos. Ya no cultivaremos tantos deseos de poder ni de prestigio. No gastaremos nuestras fuerzas en grandes operaciones de imagen. Buscaremos lo esencial. Caminaremos en la verdad de Jesús.

2. Meditación

2.1. Meditación primera: *El Reino de Dios crece de manera misteriosa y sorprendente*

“Ayer, como hoy, el Reino de Dios crece de manera misteriosa y sorprendente en el mundo, revelando el poder oculto de la pequeña semilla, su victoriosa vitalidad”. (Papa Francisco el 17 de junio 2018).

Ayer, como hoy, el Reino de Dios está creciendo en el mundo de una manera misteriosa y sorprendente, al revelar el poder oculto de la pequeña semilla, su victoriosa vitalidad. Acordaos de esto: Dios salva siempre, Él es salvador.

En la segunda parábola (v. 30-32), Jesús compara el Reino de Dios con un pequeño grano de mostaza. Es un grano muy pequeño, pero crece hasta convertirse en la más grande de todas las plantas del jardín: un crecimiento impredecible, sorprendente. No es fácil para nosotros entrar en esta lógica de la naturaleza impredecible de Dios y aceptarla en nuestra vida. Pero hoy el Señor nos exhorta a una actitud de fe que va más allá de nuestros proyectos, nuestros cálculos y nuestras predicciones. Dios es siempre el Dios de las sorpresas, el Señor siempre nos sorprende. Es una invitación a abrirnos más generosamente a los planes de Dios, tanto a nivel personal como a nivel comunitario. En nuestras comunidades debemos prestar atención a las pequeñas y grandes oportunidades de bien que nos ofrece el Señor, permitiéndonos involucrarnos en su dinámica de amor acogedor y de misericordia hacia todos.

La autenticidad de la misión de la Iglesia no está dada por el éxito y la satisfacción de los resultados, sino por el hecho de avanzar con el coraje de la confianza y la humildad de rendirse a Dios. Avanzar en la confesión de Jesús y con la fuerza del Espíritu Santo. Es la consciencia de ser pequeños y débiles instrumentos, que en las manos de Dios y por su gracia pueden realizar grandes obras, avanzando en su Reino que es “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17)

¿Crees, verdaderamente, en la fuerza que tiene la semilla del Reino? ¿O lo confías todo solo a tus fuerzas?

2.2. Meditación segunda: ¿Qué sembramos?

Por poco que observáis nuestro vivir os daréis cuenta que vivimos ahogados por las malas noticias. Malas noticias de todo tipo. Emisoras de radio y televisión, noticia-

rios y reportajes, revistas especializadas y para especializar descargan encima nuestro torrentes de noticias

de odios
de guerras
de terrorismos
de hambre asesina
de violencias de todo tipo
de escándalos pequeños y grandes
de corrupciones y corrompidos
de estafas y de estafadores,

...

Los vendedores de sensacionalismo no parecen encontrar otras cosas más notables en nuestro desgraciado planeta.

Por otro lado, la increíble velocidad con que se extienden las noticias y los problemas en todo el mundo nos dejan aturridos y desconcertados. ¿Qué puede hacer una pobre persona, por buena voluntad que tenga, ante tantos sufrimientos? La ciencia nos ha querido convencer de que los problemas se pueden resolver con un poco más de técnica y de poder.

Pero este poder, más que en manos de las personas, está en las estructuras. Se ha convertido en un poder invisible que se sitúa más allá de lo que puede cada individuo. En gran parte, este – el individuo – se ha convertido en simple instrumento atrapado en un sistema de relaciones que ya no puede dominar. Entonces, la tentación más fácil es pasar del tema. Inhibirse.

¿Qué podemos hacer para mejorar esta sociedad?

Más de uno piensa – y lo dice – que son los grandes y los poderosos, los que tienen el poder político o económico los que tienen que operar el cambio que necesita esta humanidad para ser mejor y más feliz. Pero, de hecho, no es así.

Hay en el Evangelio un llamamiento dirigido a todo el mundo y que consiste en sembrar pequeñas semillas de una nueva humanidad. Jesús no habla de grandes cosas ni

de ninguna espectacularidad prodigiosa. El Reino de Dios es una realidad muy humilde y muy modesta en sus orígenes. Una realidad tal, que puede pasar tan desapercibida como la semilla más pequeña. Pero, una realidad que está llamada a crecer y a fructificar de la manera más insospechada y segura.

Seguramente que todos tenemos que aprender nuevamente a valorar los pequeños gestos. Seguro que no estamos llamados a ser héroes y mártires cada día. Pero sí que a todos se nos invita a vivir poniendo un chico más de felicidad en cada rincón de nuestro pequeño mundo diario:

- ✓ un gesto amistoso al hombre que vive desconcertado y desconcertado.
- ✓ una sonrisa acogedora a quien está solo.
- ✓ una señal de buena vecindad a quien empieza a desesperar.
- ✓ un rayo de alegría en un corazón angustiado,... no son cosas grandes. Ninguna de estas lo es. Son pequeñas semillas del Reino de Dios que todos podemos sembrar en esta sociedad complicada y triste, que ha olvidado el encanto maravilloso de las cosas buenas y sencillas.

¿Qué es lo que tú siembras de manera habitual y constante?

3. Contemplación: *Sueña tu vida llena de pobres que se acogen a ti.*

Hablemos de plantas y de pájaros.

Semilla caída en tierra, muerta... semilla que da fruto abundante, tanto que habrá para que coman el sembrador y su casa, los pobres y los pájaros del cielo.

Mostaza: Semilla pequeña, insignificante, despreciable... que brota y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.

Hablemos de Jesús y de nosotros.

En Jesús, en el que se abajó hasta lo hondo de la muerte, en el último, en el despreciado de los hombres, en el evitado, en el leproso, en el desfigurado que ni siquiera

parecía hombre, en él anidaron los liberados del espíritu inmundo, los leprosos purificados, los lisiados curados, los pecadores perdonados, los pobres evangelizados.

En Jesús anidamos nosotros: en él somos de Dios, en él somos hijos de Dios, en él tenemos la vida de Dios, en él somos humanidad nueva, en él somos hermanos, en él somos uno, un solo cuerpo, su cuerpo...

Los místicos gozaron viéndose anidar en la cavidad de la roca, en el costado abierto del Salvador.

Tú gozas viéndote anidar en los brazos abiertos de Cristo, en el árbol de la vida que es Cristo, en la Vida que estaba junto a Dios y que se hizo árbol humano para que tú pudieses anidar en él.

Tú gozas viéndote anidar en Cristo resucitado, con quien comulgas, en quien hoy eres recibido y escondido, protegido y cobijado.

En Cristo encuentras el Espíritu que hace posible tu vuelo, el alimento que te da fuerza, la confianza que necesitas, la gracia que te hermosea, el amor que te da calor y protección.

Y aprendes... de Él aprendes a ser rama en la que puedan anidar los pobres, los hambrientos de paz y de pan, los sedientos de justicia y de agua, los pequeños en busca de protección y cobijo.

Sueña, sueña tu vida llena de pobres que se acogen a ti.

4. Oración: Sembrar - Florentino Ulibarri

Quien siembra
siembra con esperanza,
aunque el terreno
no sea el mejor
y tenga piedras,
zarzas,
calveros,
lugares yermos,
pisados caminos
y aves en el cielo al acecho.

Quien siembra
siembra con esperanza,
aunque no sea dueño
del tiempo,
de las lluvias,
de las heladas,
de los vientos,
de las sequías,
ni de los calores
que secan el terreno.

Quien siembra
siembra con esperanza,
aunque no distinga
la semilla,
ni entienda
los procesos
de germinación,
ni los milagros encerrados
en la simiente
que lanza a la tierra.

Quien siembra
siembra con esperanza,

aunque solo esparza
en la tierra y en los corazones
semillas pequeñas,
semillas sin prestancia,
semillas de mostaza,
pues sabe que el Señor
del campo y de la semilla
confía en él y en su tarea.

Quien siembra
siembra con esperanza,
aunque no sea suya la semilla,
ni el terreno,
ni sea dueño del tiempo,
ni sepa de climas;
aunque la experiencia le diga
que hay cosechas que fracasan
a pesar del cuidado
y de cántaros de gracia.

Quien siembra
vive la esperanza,
sueña en parábolas,
lanza buenas nuevas,
goza la temporada
y anhela la cosecha;
pero, a veces, las preocupaciones
le hacen pasar las noches en claro,
y nada se soluciona
hasta que se duerme en tu regazo.

¡Saldré a sembrar
para continuar tu tarea
y para que nos cuentes historias
que florezcan en gracia!